

FACULTAD DE HUMANIDADES

Festividad de San Isidoro de Sevilla

CURSO
1999
2000

25 de Abril de 2000

SAN ISIDORO Y LA UNIDAD DEL SABER

por

ALBERTO MIGUEL ARRUTI

Profesor Agregado de la Facultad de Humanidades
Universidad San Pablo - CEU

UNIVERSIDAD SAN PABLO - CEU

SAN ISIDORO Y LA UNIDAD DEL SABER

Reflexionar sobre una personalidad, como la de San Isidoro, muerto en el año 636 (no aparece clara la fecha de su nacimiento) no resulta fácil para una sensibilidad contemporánea. En primer lugar, ¿quién fue? Sus biógrafos cuentan que nació, probablemente, en Sevilla, después de haber llegado allí sus padres, que habían huido de Cartagena para no pactar con los bizantinos de Justiniano. Fue Isidoro el menor de un matrimonio de cuatro hijos, Leandro, Fulgencio y Florentina, todos ellos santos. Fue educado en el estudio de las ciencias, tanto religiosas como profanas, y en el de las tres lenguas, consideradas en aquella época como sagradas: el hebreo, el griego y el latín. Como abad, se distinguió por imponer en el monasterio, el amor al trabajo: manual e intelectual. Con el primero, el monje contribuía a su sostenimiento. Con el segundo, el monje se adentraba en todas las ciencias de la época, siendo la biblioteca, después de la iglesia, la pieza más importante del monasterio. Los códices y los libros tenían un carácter sagrado. Se puede afirmar, según uno de sus biógrafos, que “conocía todos los libros de su tiempo; podía

dar razón de todos los autores griegos y latinos, Padres de la Iglesia y otros escritores de menos talla. Su biblioteca era la mejor de su tiempo, tanto por su calidad como por el número de ejemplares. A todos los autores de la antigüedad se les concedía un sitio en sus estantes; a todas las ciencias, eclesiásticas y profanas, franqueaba Isidoro las puertas de su biblioteca. Como Obispo de Sevilla, se distinguió por la buena administración y el cuidado de la diócesis. Fue elegido para suceder a su hermano Leandro en la sede episcopal de Sevilla. Presidió el IV Concilio de Toledo en el año 633, al que asistieron 66 obispos de Hispania y de la Galia.

Su época fue de coexistencia de diversos grupos étnicos, de hábitos sociales e intereses, que conviven bajo la monarquía visigótica. En el norte, cántabros y vascones constituyen unos núcleos cerrados que apenas mantienen otras relaciones con los restantes pueblos de la Península que los de la tensión bélica. El resto del país es ocupado y controlado por hispanorromanos y germanos, que conviven con judíos y mínimos grupos orientales. Ciertas zonas de Levante y del Sur estuvieron en poder de los bizantinos. En lo religioso, la doctrina de Arrio, fundada hacia el año 318 y que se propagó con gran rapidez, dando lugar a un cisma en la Iglesia que en España terminó con la abjuración de Recaredo, constituyó también un elemento de inestabilidad y de preocupación en la conciencia cristiana de su tiempo.

Isidoro y la cultura

Dentro de la rica personalidad de Isidoro se impone destacar su labor intelectual. Escribió tratados dogmáticos y litúrgicos, obras exegéticas y bíblicas y una serie de escritos profanos. Entre estos destacan las “Diferencias entre palabras”, donde se analizan los matices que separan vocablos utilizados frecuentemente como sinónimos, sobre todo en poesía, por comodidad métrica.

El “Libro de los varones ilustres” es una colección de 33 breves biografías, con el fin de demostrar que los cristianos podían parangonarse sin desdoro, en el plano intelectual y literario, con los paganos. Otros libros son la “Historia de los godos vándalos y suevos”, la llamada “Crónica Mayor” que es una historia universal, que llegaba hasta el año 615. De índole ético-filosófica es el “Libro de las lamentaciones”, que constituye un compendio de reflexiones teóricas y de consejos prácticos en forma dialogada.

Las Etimologías

Es su obra más importante. De Isidoro ha escrito Montero Díaz que es un “puente entre dos edades, como firme pilar en una época de transición, como depositario del saber antiguo al tiempo que heraldo de la ciencia medieval”. Así “ocupa un lugar singularísimo en la historia de la cultura europea. El puesto honroso de quien, consciente de una misión, la cumple con humilde y heroica voluntad de entrega”.

El historiador de la ciencia A.C. Crombie ha escrito que Isidoro fue uno de los compiladores de los primeros siglos de la Edad Media, “que contribuyó a mantener vivo el saber científico de los griegos en el mundo occidental”. Durante siglos, los estudios comprendían las siete artes liberales, distribuidas en dos fases: la primera o “trivium”, la Gramática, la Lógica y la Retórica, y la segunda fase o “quadrivium”, integrada por la Geometría, la Aritmética, la Astronomía y la Música. Los textos utilizados eran de Plinio, Boecio, Casiodoro e Isidoro de Sevilla.

Un especialista en Isidoro, Manuel C. Díaz y Díaz, explica que en las “Etimologías” “se encuentran reunidos, bajo los lemas de vocablos usuales o infrecuentes, todos los campos del saber antiguo explicados mediante la justificación de los términos que los designan. Es un com-

pendio de conocimientos clasificado según temas generales, con interpretación de las designaciones que reciben los seres y las instituciones, mediante mecanismos etimológicos, esto es, buscando en la forma y en la historia de las palabras una doble llave: la de la denominación en sí misma y, a través de ella, la del objeto o ser que la recibe. Constituye así una especie de explicación por procedimientos lingüísticos de cuanto existe, y sirve a la vez como modo de conocer y comprender mejor el universo, y como recurso profundo para una más correcta y completa inteligencia de los textos antiguos en que estos vocablos aparecen utilizados o aludidos”.

Entendía Isidoro que la verdad no puede ser más que una y que la ciencia entera debe ponerse al servicio de la revelación divina. Durante los siglos V y VI se había concedido una mayor importancia a la cultura pagana. Se adoptaba el criterio de utilizar sus principios en lo que valían como sistema de explicación de lo cristiano. Isidoro “adopta como punto de arranque (para elaborar las “Etimologías”) una realidad compleja y nueva que es el supuesto de que mundo antiguo y mundo cristiano no son contradictorios, sino una continuidad que Isidoro siente en peligro de disgregación por el esfuerzo reiterado de tantos escritos, enseñanzas y actividades religiosas y políticas que pretendían establecer con el mundo nuevo un orden distinto e independiente. Poco a poco, sobre todo en los dos últimos decenios de su vida, Isidoro intuyó el valor integrador de la cultura antigua y sintió la necesidad de poner de relieve y en acción esta continuidad”.

Durante la alta Edad Media, los intelectuales se preocuparon más por conservar la tradición cultural de los tiempos clásicos, que por intentar interpretaciones originales. Cuando nos enfrentamos a la obra de Isidoro, desde nuestros planteamientos de hombres del siglo XXI, no podemos caer en la tentación de utilizar los superiores conocimientos actuales para evaluar los puntos de vista del pasado. Es necesario poner-

se en la situación histórica de aquellos hombres, que habían heredado la cultura griega y latina y que deseaban compatibilizar con el Cristianismo. Y deseaban conservar esa cultura, que temían muchas veces que se perdiese.

Llama la atención que, en aquella época y todavía siglos después, un hombre podía abarcar la totalidad del saber de su tiempo. Hoy esto resulta imposible. La cantidad de hechos, de datos, de teorías, de campos del saber, hacen que sólo sea posible conocer una parcela -frecuentemente, muy pequeña-, de este saber universal. No hace todavía muchas décadas en que los adelantos de la ciencia durante la vida de una persona representaban un 10 o un 20 por ciento suplementario sobre los conocimientos adquiridos en su período de estudios primarios y medios. Hoy la relación puede elevarse a varios cientos por ciento. Ya Oppenheimer escribió sobre este problema. Incluso se habla hoy de 18 meses, año y medio, para que se añadan o se modifiquen los conocimientos en diversas áreas, como puede ser la Informática. Esta sobreabundancia de conocimientos lleva a la dispersión y al cansancio. El hombre medio, el hombre de la calle, que juega un papel importante en nuestras sociedades democráticas occidentales, porque es el que tiene el derecho a votar, y que, en multitud de ocasiones, con su voto influye en decisiones, de carácter científico o tecnológico, se encuentra cada vez más alejado de la ciencia y de su sentido. Se observa por doquier un cansancio. Por ejemplo, ya en un Congreso de la Sociedad Alemana de Física se advirtió, y esto fue hace ya algún tiempo, que la opinión pública tiene un interés mucho menor por la ciencia que hace setenta años.

Podríamos afirmar que las “Etimologías” de hoy se encuentran en Internet. Muchos internautas buscan un santo como patrono. Entre los candidatos aparecen san Isidoro, san Bernardino de Siena y santo Tomás

de Aquino. Según fuentes eclesiásticas no hay ninguna oposición para que Internet tenga un santo patrón. Según el Diccionario Oxford, san Isidoro tuvo “un profundo impacto en la cultura y la práctica educativa de la Europa medieval. Sus obras fueron un depósito de conocimientos utilizados por innumerables autores medievales”. La obra de san Isidoro “se adelantó a su tiempo y fue un puente cultural entre el mundo de la antigüedad y la Edad Media”. El periodista John Schwarz, experto en asuntos religiosos del diario “The Washington Post”, escribió que san Isidoro hacía, más o menos, lo que hoy hacen muchos internautas: transcribía en sus obras pasajes de diversos autores, los adaptaba y los modificaba agregándoles un toque personal. No han faltado los detractores de esta idea, como Michael Patrick O’Connor un experto en asuntos religiosos, que ha señalado que san Isidoro fue un antisemita profundo, lo que contradice el avance de los esfuerzos, operado desde la Segunda Guerra Mundial para unir a judíos y cristianos. El último viaje del Papa a Tierra Santa ha servido para impulsar esta idea.

La obra “Contra los judíos” está dedicada a su hermana Florentina que, según se afirma en la epístola dedicatoria se la había pedido. Por aquellos años, el rey Sisebuto tomó una serie de medidas políticas, que obligaban a los judíos del reino hispano a convertirse al catolicismo. Isidoro se opone a estas medidas de fuerza. Confía en los recursos de la apologética. Isidoro critica que se tomen medidas de fuerza sobre una cuestión, que afecta a la conciencia individual. Piensa que la conversión debe hacerse, solamente por motivos religiosos, sin que valga ningún tipo de coacciones. Por eso, la acusación de antijudío formulada por O’Connor parece carecer de fundamento. Además, conviene situar los hechos en el momento histórico en que se produjeron.

El problema de la unidad del saber se plantea bajo dos formas diferentes. En primer lugar, como hemos visto ya, resulta imposible

conocer hoy todo el acervo de conocimientos de que se dispone. En segundo lugar, el saber, mejor dicho los saberes, deben poseer -eso es lo que parece deseable- una cierta unidad. En Isidoro ello aparece muy claro. Procura tender un puente entre el mundo pagano y la espiritualidad cristiana. Pretende salvar la cultura grecolatina. Pretende, contra las herejías de su tiempo, buscar argumentos que se apoyen en la revelación cristiana y en la filosofía griega. Tenía dos columnas vertebrales de su pensamiento: lo cristiano y la ciencia griega.

¿Cuál es nuestra situación hoy? Como en la época de Isidoro preocupa la relación entre la razón y la fe. Esta ha sido una preocupación constante de la Iglesia. Ya en el siglo XII, los hombres se han preguntado cómo los hechos relatados en el Génesis podrían ser explicados en términos de causas racionales. Y desde entonces el dilema razón y fe o razón o fe ha aparecido en todos los escritos filosóficos de nuestra época. En realidad, no puede existir este dilema, sino que tiene que ser razón y fe, pues ambos conceptos no pueden excluirse, pues Dios es el autor de ambos. Fue Augusto Comte quien profetizó que las grandes cuestiones que había estudiado hasta entonces la metafísica serían tratadas “de forma positiva”, con lo que, en el fondo, negaba la metafísica. Hoy podemos afirmar que la teoría evolucionista pretende explicarlo todo. Así el Cardenal Ratzinger en una conferencia, pronunciada el pasado noviembre, en la Sorbona ha podido decir que «la teoría evolucionista que explica de modo englobante el conjunto de todo lo real se ha convertido en una especie de “filosofía primera” que representa, digamos así, el auténtico fundamento de la comprensión racional del mundo. Todo intento por hacer entrar en juego causas distintas de las que elabora una teoría “positiva”, todo intento de “metafísica” se ve como una recaída fuera de la razón, como un abandono de la pretensión de la ciencia. También la idea de Dios se considera como no científica. A esta idea no corresponde ya ninguna “theologia physica”: la única “theologia naturalis” es, en esta visión, la doctrina evolucionista, y ésta no conoce a ningún

Dios, ni a ningún Creador en el sentido del cristianismo (del judaísmo y del islam), ni ningún alma del mundo o dinamismo interior en el sentido del estoicismo. Eventualmente se podría, en sentido budista, considerar el mundo entero como una apariencia, y la nada como la auténtica realidad, y justificar en este sentido las formas místicas de religión que por lo menos no están en directa competencia con la razón". Pero esta concepción de la naturaleza empieza a encontrarse sometida a serias objeciones. Dos partidarios de la teoría evolucionista y de nada más, como Szamarchy y Maynard Smith, entienden que el paso de la micro a la macroevolución presenta serias dificultades desde el punto de vista de la teoría evolucionista.

Pero la razón se encuentra en nuestro tiempo afectada también por una profunda crisis. Se trata de saber "si la razón es un producto marginal y casual de lo irracional, insignificante, al fin, en el océano de lo irracional, o si sigue siendo verdadera la convicción fundamental de la fe cristiana y de su filosofía: "In principio erat Verbum" -al principio de todas las cosas está la fuerza creadora de la razón-. La fe cristiana es hoy como ayer la opción por la prioridad de la razón y de lo racional. Esta pregunta última ya no puede resolverse por medio de argumentos sacados de las ciencias naturales, y el mismo pensamiento filosófico se bloquea aquí".

Precisamente, el pasado 30 de diciembre "La Stampa" publicaba una entrevista a Norberto Bobbio en la que afirmaba que se había encontrado siempre como "un seguidor de la razón, no un hombre de fe. Pero precisamente por ser un hombre de la razón conozco los límites de la razón que puede iluminar sólo una pequeña parte de la oscuridad que la rodea". Esta crisis de la razón constituye hoy uno de los temas capitales de nuestro tiempo.

En el tiempo de Isidoro, los hombres miraban más hacia el pasado, un pasado brillante. Hoy, en cambio, miramos continuamente al

futuro. Se ha convertido en una obsesión del hombre moderno. Nuestro siglo ha puesto de manifiesto la relatividad de todas las teorías científicas. Por ejemplo, hoy muchos astrónomos y astrofísicos encuentran grandes fallos en la teoría del big bang. También, en los últimos años, se ha comprobado que el significado de la mecánica cuántica no satisface a muchos físicos. Y surgen los interrogantes. Y éstos pueden ser absolutamente prácticos. Así, cabe preguntarse si el progreso de la industria informática quedará limitado por el pequeño tamaño de los componentes eléctricos impresos en las superficies de piezas de silicio.

En el terreno biológico, John Maddox ha escrito que “el origen de la vida en la superficie de la tierra fue un acontecimiento histórico único, cuyo carácter no se puede determinar mediante experimentos realizados en los laboratorios contemporáneos. Esta afirmación (que también se puede aplicar, por ejemplo, a la evolución de una especie concreta, como el “Homo sapiens”, o a los cambios en la geografía de Asia central durante los últimos 35 millones de años, debidos a la colisión con el subcontinente indio) se ha utilizado a menudo para argumentar que el origen de la vida no es ni puede ser estudiado por ninguna rama respetable de la ciencia. Porque, ¿cómo podemos aspirar a reconstruir las circunstancias particulares que dieron lugar a un acontecimiento único?” En este sentido, el eminente biólogo molecular francés Jacques Monod ha escrito que la ciencia sólo es capaz de estudiar “acontecimientos que forman una clase”, con lo que rechaza que la aparición de la vida en la Tierra pueda ser analizada por la ciencia.

Las paraciencias

En su tratado “Del Universo”, Isidoro explica que uno de los objetivos de esta obra consiste en luchar “contra los temores y subsiguientes supersticiones que despiertan los grandes fenómenos naturales”. Una vez más, y como una constante de su pensamiento, demuestra que

el empleo de la cultura pagana constituye un elemento básico de introducción a una correcta interpretación cristiana. En esta obra se introducen estudios de “cronología, cosmología, cosmografía, meteorología y una especie de geología y geografía aplicadas”. Como la mayor parte de los hombres de su tiempo, incluidos los estudiosos, Isidoro acepta la Astrología. Eran tiempos en que Astrología y Astronomía no tenían sus fronteras muy definidas. Los autores cristianos ponían buen cuidado en considerar que las fuerzas astrológicas, las fuerzas naturales diríamos hoy, no eran capaces de mermar, de disminuir o de condicionar la libertad humana.

Llama la atención hoy que nuestra época, tan crítica en muchos aspectos, contemple el desarrollo de la Astrología y de otras pseudociencias entre grandes capas de la sociedad. Por ejemplo, en Estados Unidos, hay 2.000 astrónomos y 20.000 astrólogos. Las sociedades de Astrología tienen, en aquel país, más afiliados que todas las sociedades de Física y Química juntas. Mario Bunge escribe a este respecto que “lo malo de la pseudociencia es, en primer lugar, que se niega a fundamentar sus doctrinas y que no puede, además, hacerlo porque rompe totalmente con nuestra herencia científica –cosa que, por cierto, no ocurre en las revoluciones científicas, todas las cuales son parciales, puesto que toda nueva idea tiene que estimarse por medio de otras, que se ponen en discusión en el contexto dado. En segundo lugar, que las pseudociencias se niegan a someter a contraste sus doctrinas mediante la experimentación propiamente dicha; además, la pseudociencia es en gran parte incontrastable, porque tiende a interpretar todos los datos de modo que sus tesis queden confirmadas ocurra lo que ocurra; el pseudocientífico, igual que el pescador, exagera sus presas y oculta o disculpa todos sus fracasos”.

Si en la Astrología actual es hasta dudoso que los signos coincidan con las estaciones y sí se han desenmascarado algunos personajes, como

autores de fraudes, absolutamente elementales, como es el caso, ahora nos viene a la memoria, de aquel famoso monje tibetano, Lobsang T. Rampa, que resultó ser un fontanero británico, todo ello no dificulta que estas pseudociencias tengan muchos seguidores, lo que se relaciona con el analfabetismo científico de nuestras sociedades.

Conclusiones

En estos momentos, en que una época acaba y viene otra nueva que no sabemos cómo va a configurarse, en estos momentos de crisis de instituciones, de ideologías, de gustos, la lectura de Isidoro puede ser una llamada a la búsqueda de la verdad, como ideal del científico y del investigador, una verdad que no se somete a ningún tipo de prejuicios. La lectura de Isidoro nos enseña también que pese a toda la gran cantidad de ciencias y de conocimientos científicos, debe buscarse algo que sea como el esqueleto de los mismos, algo que los unifique, en algún sentido, y que dé una última explicación de los mismos.

Yo acabaría con dos citas, una de Albert Camus: “En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio” y otra de André Gide: “Sigo siendo hijo de esta tierra”, que representan, en esta crisis de la Humanidad, un grito de esperanza humana, demasiado humana, pero que puede elevarse a teologal.

ALBERTO MIGUEL ARRUTI

Madrid, Abril 2000